

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
	Resetas
Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10
PROVINCIAS	
Tres meses.....	5
Ses.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	8 pesos
CORRESPONSALES	
25 números de EL MOTÍN.	2,50
NÚMERO DE EL MOTÍN	
	15 céntimos.

El Motín

ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 119, principal

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán al pedido no acompañado su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.
En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO
15 céntimos.

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

¡BASTA YA!

Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla:

Muy Sr. mío: ¿Qué hace usted aun expatriado? La revolución nada gana con ello; su partido tampoco; quien únicamente gana es usted. ¿Y porque usted gane vamos a perder todos?

Que le prestaría hoy más servicios a la revolución en España que en el extranjero, nadie lo sabe mejor que usted; por pocos que fuesen, ahí no le presta ya ninguno. Además, peor que estamos no podíamos estar. Si usted se retiraba a la vida privada, su partido se dispersaría, ingresando parte en los demás republicanos, parte en los monárquicos. Si continuaba en la política activa, determinaría un movimiento en este ó aquel sentido, pero movimiento al fin, preferible siempre a la inmovilidad presente.

Usted disculpa hoy sus fracasos diciendo que los señores Salmerón y Pi no le ayudan y en ocasiones le impiden desarrollar sus planes; ellos disculpan su inacción afirmando que usted lo quiere manglear y dirigir todo desde París. Yo creo que todos ustedes tienen razón, más a la vez creo que si usted viniera, la situación variaría por completo. Esto de pasar más años aun oyendo a los de aquí quejarse de usted, y a usted de los de aquí, se va haciendo horriblemente pesado, y es preciso saber de una vez a qué atenerse. Y para esto es indispensable que usted venga.

Hubiera sido un absurdo aconsejarle la vuelta, cuando pesaba sobre usted una sentencia de muerte; hoy, que puede venir sin riesgo, no lo es.

Usted ofreció a los emigrados, para obligarles a aceptar la amnistía, hacer la revolución antes de terminar el año de su entrada en España. El año ha fenecido, y usted nada ha hecho. La única satisfacción que puede darles, es imitarlos. Si no lo hace, crearán, y crearán bien, que les aconsejó aceptar la amnistía para quitárselos de al lado.

Para demostrar su odio a los Borbones, basta con dieciocho años. Cierzo es que Annibal llevó el suyo a los romanos hasta la muerte; pero Annibal simbolizaba el odio de un pueblo, y era siempre el primero en sacrificarse.

Loable es la constancia en los propósitos, pero no cuando se pone la personalidad sobre los demás intereses; y usted, Sr. Zorrilla, viene años ha colocando la suya sobre los del partido republicano. Desde que usted se convenció de que no podía luchar con esperanzas de éxito, y de esto hace ya tiempo, debió declararlo lealmente, y no empeñarse en seguir entreteniéndolo a los republicanos con anuncios de revoluciones que no podía hacer. Además, esa constancia de que blasona, ¿vale más en usted que en nosotros? ¿La tendría usted si nosotros claudicásemos? Es probable que no. ¿La mantendríamos nosotros si desmayase usted? De seguro que sí. Nuestra actitud durante su paréntesis lo prueba.

Lo que no podemos es continuar así, aparentando engañarnos y engañando a los demás, siempre con un cuento que referir en secreto para dar visos de conveniencia a la estancia de usted en París, como he dicho en otra ocasión. Quiero creer que los que tal hacen, más pecan de optimistas que de obcecados; pero ¿no comprende usted que puede llegar un momento en que, a puro inventar movimientos falsos, se haga sordo el pueblo cuando se le hable del verdadero, si es que ese momento no ha llegado ya?

Habría que repetirlo muchas veces, para ver si se

lleva el convencimiento a todos. Usted no vale más como republicano que ninguno de los que permanecemos en España. Realizó, mejor dicho, le obligó el primer gobierno de la restauración a realizar un acto que le dió gran prestigio: el de expatriarse. Tuvo usted la suerte de que más tarde se pusieran a su lado elementos republicanos bastantes para hacer la revolución, y que los antiguos jefes del partido no hiciesen nada por ocupar el puesto que su historia y su dignidad les señalaban. Pero esto, queda a usted importancia por una parte, se la quita por otra. Si contó con todo y hoy apenas tiene nada, prueba clara es de que no supo ni utilizar ni retener los elementos que se pusieron a su servicio.

¿Es que valen más que usted los demás jefes como revolucionarios? No; mucho menos. Cuando la historia se ocupe imparcialmente de la restauración, honrará a usted, sino por lo que hizo, por lo que intentó hacer contra ella. Los demás jefes deberán agradecerle que no se ocupe de ellos.

Pero volvamos al tema.

No; no tiene usted derecho, Sr. Zorrilla, a continuar monopolizando una gran masa de españoles con esperanzas que no se realizan. ¿Ama usted su nombre y su fama, y teme que se menguaban con su venida? Condición noble es, y por tenerla antes merecía alabanza que vituperio; pero se equivoca usted si tiene esa opinión. Lo que hizo usted, hecho está; y, torpe ó desgraciado, nadie podrá escatimarle el mérito de haber sido el único hombre de talla que protestó contra la restauración estando menos obligado a ello que ninguno. El regreso a España no sería una caída para usted; quizás más bien una vergüenza para otros. Pero aun cuando lo fuera, a esa caída se le podrían aplicar estos versos:

*El caer no le ha de quitar
la gloria de haber subido.*

Véngase usted a España, Sr. Zorrilla. La conveniencia del partido republicano se lo ordena imperiosamente; su prestigio personal se lo demanda. Si tarda usted en venir, van a convertirle algunos de los suyos en parodia ridícula del Enano de la Venta. Disculpándose con su celo por la causa y su adhesión hacia usted, llegan a los límites de la exageración, coreados por cuatro mentecatos que los escuchan y animan porque no tienen cosa mejor en que ocuparse.

A raíz del Manifiesto de Santa Marta, dijeron los amigos de usted:

«Ahora, que estamos solos, vamos a triunfar antes de Octubre!»—Pasó Octubre y se aplazó para Diciembre.—«No es necesario que haga calor para sublevarse. Pavía dió el golpe en Enero y Martínez Campos en Diciembre!»—Pasó Diciembre y se difirió a Marzo. Y en Marzo al mes próximo, y así sucesivamente.—«¿De Agosto no pasa!»—decían los mejor enterados.—Y ha pasado Agosto sin que nada pase.

¿Y va usted a consentir que continúen poniéndolo en solfa de ese modo, y que mantengan nuestros nervios en tensión constante? Unas veces nos dicen que el gobierno francés lo ha abrumado a usted a millones; otras que los portugueses van a redimirnos por orden de usted; cuándo, que hay tres plazas fuertes comprometidas; cuándo, que dos brigadas van a dar el grito. De regimientos, sueltos no hablemos: a lo mejor contamos con algunos más que figuran en los cuadros de las armas generales.

Esto es indudablemente halagador, abre las válvulas de la ya averiada caldera de la esperanza, en-

sancha los pulmones, y hace que bullan ideas patrióticas en el cerebro. Sólo tiene un pequeño inconveniente: que nunca es verdad.

Han convenido aquí unos cuantos caballeros en llamar a esto fe, entusiasmo; más propio fuera llamarle modestamente tontería. En algunos, sin embargo, no es tal tontería, sino un medio de pasar por algo en política. ¿Qué les quedaría si se les quitase el ir y venir, el dar y recibir noticias, el poder cartearse con usted, su ilustre jefe, y leer sus cartas en el Casino, en los cafés, y a domicilio, con la mayor reserva?

No le echo a usted, Sr. Zorrilla, la culpa entera de cuanto ocurre. En más ó en menos escala la tenemos todos, yo el primero, por haberse atribuido condiciones excepcionales, disculpado sus torpezas, y confiado en usted más que en nosotros mismos. Ni Cánovas, ni Sagasta, dispensadores de beneficios, han contado con hombres de más valía, con adhesiones más desinteresadas que usted. No va ningún mahometano a la Meca con más fe que hemos ido muchos a París, a Londres, a Ginebra.

Pero éste es precisamente el cargo más terrible que puede hacersele: el de no haber utilizado tantas voluntades, y, en cambio, haber enfriado tantos entusiasmos, matado tantas energías. El día que Mahoma tuvo tres personas que creyeron en él, fundó una religión: usted las ha tenido a millares, y sólo ha sabido formar con su adhesión desinteresada un pedestal para su vanidad política.

¿Cómo está hoy su mismo partido? Usted lo sabe mejor que yo: rendido, destrozado. En vano procura dar señales de vida en cartas y telegramas de felicitación ó de adhesión a usted; inútilmente se esfuerza por parecer compacto y dispuesto a continuar sacrificándose. Semejante al pueblo judío, sabe que el día que no sostuviera su creencia en la venida del Mesías dejaría de existir como tal pueblo, y sigue esperándolo a usted, a conciencia de que no ha de venir.

Esto no quita para que algunos progresistas se opongan a que usted venga. Su argumento más poderoso, al parecer, es el de que, al poco tiempo de estar usted aquí, el gobierno lo desterraría nuevamente. Aparte de que no se destierra hoy con la facilidad que el 75, y que ofenden a usted al hablar así, pues suponen que el temor lo detiene y que sólo se atreve a conspirar a gran distancia del peligro, no advierten que nada mejor podría ocurrirle para rehabilitarse en la opinión.

Si llegase usted aquí, y conspirara, dando así una lección a los demás jefes que no lo han hecho, y por consecuencia de ello tuviese que volver al destierro, el partido republicano en masa se pondría a su lado para no abandonarlo ya; entonces, entonces recibiría usted la patente de jefe revolucionario indiscutible. ¿Qué contraste entre los que habían pasado dieciocho años sin que nadie se metiera con ellos, y usted que, apenas llegado, hacía méritos para que lo expatriaran otra vez!

Créame usted, Sr. Zorrilla; al verlo aquí procurando aunar voluntades, creando obstáculos a la restauración, buscando aliados, afrontando los riesgos como los demás, ¿quién que de revolucionario alardease no le ayudaría, perteneciese a este ó aquel partido? ¿Quién permanecería inactivo si usted luchaba? No hay soldado que vuelva la cara al enemigo cuando el general se pone delante y tre-mola la bandera. Usted, que fué amigo de Prim, recordará con orgullo lo que realizó en los Castillejos.

Pero voy a llevar las cosas al extremo. Voy a su-

EL MOTIN



¿Qué se necesita para sufrir esto que sufre el alcalde de Madrid?

poner que lo prendiesen á usted en vez de desterrarle. ¿Quién puede dudar que usted tendría á honra ser preso en la tierra donde estuvo á punto de ser fusilado Villacampa, donde lo fueron Ferrándiz y Bellés, donde cayeron asesinados Mangado y Cebrián, todos, con los sargentos inmolados en Santo Domingo, lanzados por usted á la insurrección?

Pero hay más aún. No por usted precisamente, por sus amigos, que se preocupan de lo que pueda ocurrirle algo más que se preocuparon de la suerte de los héroes citados, podría y debería usted hacer esto. Presentarse candidato á la diputación por Barcelona cuando se trate de cubrir la vacante de diputado que usted dejó; triunfar, porque seguramente triunfaría; venir á las Cortes, jurar, y hacer después lo que su historia y sus compromisos le aconsejaron. De este modo vendría usted con más garantías, y sus amigos estarían más tranquilos. A un diputado no se le expatria como á un simple mortal, ni se le procesa sin un suplicatorio á las Cortes.

¿Tiene usted escrúpulos todavía? Pues voy á desvanecerlos.

Comprendo que después de ciertas declaraciones y de haber comprometido á tanta gente, vacile usted en venir; pero esto se remedia de este modo.

Como, democráticamente hablando, los jefes son para los partidos y no los partidos para los jefes, indique usted á la Junta directiva del suyo la conveniencia de que convoque una Asamblea para discutir y acordar si usted debe regresar á España ó continuar en el extranjero después de sus fracasos, del paréntesis, de obligar á los emigrados á aceptar la amnistía, y de haber pasado Agosto sin hacer la revolución, último plazo que les fijó al despedirlos.

Si el partido acordaba que usted no viniera, ya sabía que se obligaba, por este solo hecho, á proporcionarle los recursos en hombres y dinero que le pidiera para hacer en plazo perentorio la revolución, pues no había de tomar ese acuerdo para que continuase usted tranquilamente en París, como hasta ahora. Pero si, por el contrario, acordaba que viniese, ya tendría usted perfecta y democráticamente justificado su regreso.

De no venir después de estas razones que son de sentido común, lógicas, y de conveniencia para la República, habría que convenir, Sr. Zorrilla, en que usted se cuida sólo de su personalidad, que está muy á gusto expatriado, que se le importa tres pitos de la revolución, que se le da una higa de la suerte de España, y que cree que cuantos se han sacrificado por orden de usted tenían el imprescindible deber de hacerlo.

De usted afectísimo seguro servidor.

q. b. s. m.

JOSÉ NAKENS.

¡BIEN POR HUESCA!

Los republicanos de esta ciudad han realizado un acto importantísimo. Progresistas, federales y centralistas, algunos que ostentaban sus ideas sin afiliarse á partido determinado y otros que vivían en el retraimiento, los republicanos de todos los matices, en fin, excepto los posibilistas, han acordado prescindir de adjetivos y de todo lo que pueda marcar diferencias entre unos y otros, y luchar estrechamente unidos, cobijados bajo la bandera de *Concentración republicana*, hasta conseguir el triunfo de sus ideales comunes.

Del Manifiesto que han publicado, firmado por republicanos importantes, copiamos estos párrafos:

«Aragón, Huesca, no responderán más que á la voz de República, pues entonada por los republicanos de verdad, por quienes conformen sus hechos á sus palabras, su condición á su dictado; por quienes destruyan el caciquismo para establecer la libertad, no para crear otro caciquismo con disfraces; por quienes acudan al sufragio del pueblo, y nada más en el voto de las conciencias honradas se apoyen, sin tratar de comprar esas conciencias á peso de oro ó á puñados de favores, y sin tolerar jamás las farsas electorales, traducidas casi siempre en el vaciamiento del censo con arreglo á composiciones repugnantes; por los que, nombrándose republicanos, mantengan enhiesta la bandera, fuerte la oposición, tenaz la guerra, duro el combate, sin ceder nunca ante mercedes y concesiones de los monárquicos, que si facilitan la política de favoritismo y de conveniencia, deshonran y abochorran la pureza de las costumbres democráticas; por quienes llamando al pueblo, procuren por el pueblo y si es preciso por él se sacrifiquen, no á modo de esos que al pueblo demandan ayuda en día de elecciones, para luego despreciarlo con olímpica soberbia.»

«No hay que esperar el *mandá* con la República, pero hay que exigir á los gobiernos republicanos una serie de mejoras capaces de garantizar el provecho del trabajo, por medio de las cuales llegaremos en poco tiempo al bienestar y á la comodidad.»

Mas la República no vendrá si los republicanos no la traemos. Y no la traeremos sino ponemos empeño en ello, si no unimos el esfuerzo común para una común

acción, prólogo del triunfo. Los jefes de los partidos republicanos han acordado recomendar las coaliciones momentáneas, estimándolas más prácticas que las permanentes. Estas coaliciones momentáneas sirven para los instantes de batalla y pueden perfectamente hacerse, y se hacen con gran éxito, en aquellas localidades donde los partidos están formados y cuentan con numerosos elementos cada uno. En Huesca no cabe una coalición momentánea. Apenas si los partidos republicanos, no obstante contar con infinidad de adeptos, disponen de fuerzas organizadas. Una acción separada, diversa, acabaría con ellos en vez de prestarles vigor.»

«No se trata de que nadie renuncie á sus peculiares ideas, de que ninguno deserte de su respectivo partido. Todos tienen la libertad de conservar su significación, el derecho de propagar sus convicciones.»

«Cuando la República llegue, el país habrá de resolver cómo la quiere. Entonces volveremos todos á nuestros campos, á nuestras parciales banderas, á no ser, lo cual es muy probable, que circunstancias especialísimas exijan entonces más unión que nunca.»

«Venimos, pues, á constituir una *Concentración republicana* en la provincia de Huesca; entiéndase bien, republicana sólo, sin adjetivos que entrañen diferencias. Queremos la República y vamos á buscarla por el camino más corto.»

El que quiera la República y no el predominio de su fracción, tiene que imitar á los republicanos de Huesca: ni federal, ni progresista, ni centralista, sino *republicano á secas*, hasta que el triunfo corone el esfuerzo revolucionario que hay que hacer indefectiblemente. Después, cada cual puede trabajar libremente por su ideal.

¿No es la República el punto de partida para llegar adonde deseamos? Pues vayamos unidos á este punto y cada cual tome después la dirección que mejor le cuadre, siempre que no contribuya á perturbar ni crear dificultades á lo que tenemos el deber de conservar y defender.

No hay otro camino para llegar. El que ponga obstáculos á esta obra por amor á ésta ó aquella solución, ó por idolatría hacia éste ó aquel hombre, ese, ese es el que sirve á la monarquía, el que se opone á la venida de la República.

Reciban los republicanos de Huesca nuestra felicitación mas entusiasta, por su práctica, patriótica y revolucionaria determinación.

¡DESCANSE EN PAZ!

El concejal republicano, D. José María Espinosa, ha fallecido á consecuencia de un disparo de arma de fuego que le hizo un carpintero con quien tenía no sé qué diferencias.

Lamentamos como el que más la muerte del Sr. Espinosa, pero no nos creemos autorizados á caer sobre el matador con la saña y la rabia cruel que lo han hecho algunos colegas. Nos reservamos para cuando el conocimiento perfecto de los hechos marque el grado de su criminalidad.

Honar los muertos es un deber, y execrar el crimen otro. Lo que no puede serlo en modo alguno, es hacer intervenir la política en crímenes que no se rozan con ella.

Reciba la desgraciada familia del Sr. Espinosa nuestro pésame mas sincero, despojado de aparatosas é interesadas exhibiciones.

LA CARICATURA

Moralmente hace tiempo que el Sr. Bosch está sufriendo cuanto expresa la caricatura del presente número.

Si el pueblo de Madrid tarda en utilizar los recursos que las leyes le conceden para conseguir la destitución de ese alcalde, posible es que lo sufra *materialmente*, por que las hortalezas, las botas y los artefactos varios que en el dibujo figuran, tomen solos y por su cuenta las iniciativas que debería aquél haber tomado ya.

LAS AMAZONAS DEL CLAUSTRO

En la mañana del jueves ocurrió en el convento de la Magdalena, calle de Hortaleza, un suceso que en un edificio profano se hubiera calificado de escandaloso.

El delegado del Hospicio, que se presentó en el asilo de paz y recogimiento, tuvo la satisfacción de saber por la dignísima Superiora que el asunto se había reducido simplemente á que dos piadosas asiladas, pertenecientes á una distinguida familia de esta corte, armadas, la una modestamente con un seráfico cuchillo de carnicero, y la otra con una bienhechora pala de lavandera, se habían dedicado á romper santamente los efectos de cocina y la vajilla, amén de todos los cristales del establecimiento, y quemar la mantelería.

Las pobrecitas madres, en vez de invocar el auxilio del cielo, cual es uso y costumbre en todas las

tribulaciones de esta vida deleznable, pidieron auxilio menos divino, pero más eficaz, á tres trabajadores que había en el convento y avisaron de paso á la policía.

En tanto las lindas revoltosas, (porque indudablemente son lindas, pues las feas suelen ser más pacientes y resignadas,) corrieron al ortodoxo jardín, y con la mayor humildad destrozaron cuanto pudieron, adoptando después una actitud de defensa que no encajaba del todo en las máximas evangélicas que deben estar allí en moda.

Y así las encontró el delegado, á quien respondieron al ser interrogadas, que se habían limitado á defenderse, porque las buenas madres les querían zurrar la sonrosada y satinada badana.

Las madres lo negaron, y ¡oh tolerancia! ¡oh mansedumbre!, nada pidieron contra las jóvenes, en atención á que sus familias habían ofrecido ya pagar los vidrios rotos y demás desperfectos: únicamente, y por lo que pudiera tronar, solicitaron que se les dejara una pareja de seguridad, para ver si, con la ayuda de Dios, que nunca abandona á los suyos, tenían alguna probabilidad de que no les rompieran las sublevadas algun sacramento, que bien pudiera ser el del bautismo.

Si no hubiera intervenido la *polichita*, creyera que todo lo relatado era sólo un reclamo para que las familias de posición llevaran á ese convento á sus hijas, en vista del cariño con que las tratan, y que las obliga á recurrir á la protesta armada.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

Párrafo notabilísimo de una circular que ha llegado á mis manos firmada por el párroco de Nuestra Señora de los Dolores, de Madrid, y varios individuos de la Junta parroquial:

«A la propaganda anti-religiosa por otra parte, que vomitando su inmundicia baba en el corazón de tiernos niños arrancados del regazo de sus madres con capciosos halagos, y por otra á la mala fe de ciertos desdichados que, no contentos con dejar la religión de sus padres, pretenden lastimarnos con impudente saña en lo que hay de más hermoso y consolador, en nuestras creencias, había que poner un dique poderoso y enérgico ante el cual se estrellaran impotentes las encenagadas olas de tan mortífera invasión.»

¡Qué lástima que á ese hermoso y caritativo párrafo, sigan otros pidiendo dinero, vil metal por otro nombre, y más después de haber afirmado que para la obra de la iglesia que proyectan cuentan con el favor de Dios!

Pero no todo es perfecto en este pícaro mundo, y no hay que pedir lógica al que busca cuartos.

Murió ha poco un canónigo en Córdoba dejando ochenta mil duros, y porque no los ha distribuido entre sus parientes pobres, y si los ha donado á un convento de Arrepentidas, donde solía concurrir, algunos periódicos se han atrevido á ponerle como nuevo.

«Mis padres y mis hermanos son aquellos que siguen mi ley», decía Cristo. ¿Porqué no ha podido decir ese Señor canónigo (q. e. p. d.) «mis parientes son aquellas que me amaron y consolaron?»

El argumento de que falta á la caridad el ministro del Señor que guarda ochenta mil duros mientras el pueblo se muere de hambre, no tiene valor ninguno. Si no fuera por esas ventajillas ¡qué mortal aceptaría el rudo y penoso cargo de cantar diariamente media horita en el coro?

Como el diablo no duerme para perder á los elegidos del Señor, es posible que entrara en el cuerpo de la doméstica que servía en casa de los padres del coadjutor de Villarramiel, para que los maliciosos achacasen luego á éste el percance que sufrió á las seis horas de despedirla.

Pero esto no supone en manera alguna culpabilidad en un varón justo que ha hecho un voto incompatible con esos desahogos de la vil materia.

BIBLIOGRAFÍA

Se ha puesto á la venta el *Almanaque civil del libre pensamiento* para 1893. Buen papel, esmerada impresión, muchos grabados y texto interesante. Apesar de sus excelentes condiciones, véndese á 2,50 pesetas en casa de su editor, D. José Matarredona, Horno de la Mata, 5, primero, y en las principales librerías.

ALMANAQUE DE «EL MOTIN»

PARA 1893

Hoy lo ponemos á la venta. Cubierta y doce láminas al cromo. Doscientas páginas. Texto escogido en prosa y verso.

UNA PESETA

A los suscriptores se les ha enviado gratis.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.